



## El espíritu del olivo

Manuel Piedrahita presenta su nuevo libro, dedicado al cultivo milenario

Anticipamos el capítulo “El olivo, árbol de Navidad” del periodista baenense

FRANCISCO EXPÓSITO / MUSEO METROPOLITAN DE NUEVA YORK

### MANUEL PIEDRAHITA (GRUPO AMADOR)

**A**l penetrar en tierra de olivos son cinco los sentidos que mi mente pone en tensión para que no me pierda tanta belleza. El oído, cuando una muchacha canta mientras recoge aceitunas. La vista, ante el cuadro de colores difuminados de un bosque verdiplata. El tacto, al sentir la rugosidad de un olivo centenario cuando lo acaricio. El olfato, al aspirar el aire que bambolea las ramitas de olivo. El gusto, al saborear unas gotitas de aceite virginal que extraigo de una aceituna recién arrancada del árbol sagrado.

Siento muy cercano un recuerdo de mi niñez al rememorarlo con retrospectiva melancólica. Observo a mi abuelo materno comiendo una naranja partida en gajos empapada de aceite de oliva. Oigo su voz: “Este manjar lo come a menudo el rey de Inglaterra”.

Me imaginaba al rey inglés, como el de los cuentos infantiles de príncipes, princesas y hadas. Fue entonces cuando por primera vez intuí algo fantástico y misterioso en el olivo y su fruto, la aceituna, de la que mana el oro virginal. Me lo transmitió un sexto sentido y me produjo algo inusitado e incomprensible. Hoy yo denomino a ese estado de plenitud, armonía. Procede de lo más hondo del olivo, de su espíritu.

Es la armonía que siento en mi interior cuando leo buena literatura, oigo música que eleva mi sensibilidad y ahondo en la filosofía de los antiguos griegos: Sócrates, Platón, Aristóteles. Armonía, también, que me la suscita el sabor natural del oro virginal, esa savia del olivo que llevo desde la niñez en la memoria de los sentidos. Me recuerda de dónde vengo y quién soy. Y al ahondar en lo más profundo de mi alma, hurgo en mis raíces a través de las raíces del olivo. Ha sido mi guía desde que nací, con la esperanza de una vida en plenitud, como ocurre cuando se vislumbran los primeros tallos en los olivitos jóvenes. Aquellos plantones que yo vi crecer.

Recuerdo ahora la primera Navidad que viví en Alemania. Corría a su fin, y qué de prisa, el año 1974. Recuerdo nítidamente a un profesor alemán que me invitó a su casa aquella Nochebuena. Con qué atención y delicadeza encendía las velas que previamente había colocado en un abeto, el árbol navideño de los países anglosajones. No quería luces artificiales, prefería el fuego de la llama. Se lo pedían sus genes que se



Recogida de la aceituna, en una pintura de Vincent Van Gogh que está expuesta en el museo Metropolitano de Nueva York.

remontaban a épocas ancestrales cuando el hombre descubrió que frotando dos piedras producía el misterioso fuego.

Aquel profesor vestía un traje oscuro, el que usaba para los grandes acontecimientos. Antes se había acicalado mediante una ducha caliente purificadora. Me di cuenta que permanecía en él y su familia los viejos ritos, mitad paganos, mitad religiosos, origen de la Noche de Paz, como canta el celebre villancico.

Previamente dimos un paseo por un bosque cercano de pinos y abetos, envuelto en una niebla que los difuminaba. El iba muy callado y muy serio. Creo que meditaba entre aquella arboleda nebulosa tan propicia en los países nórdicos para excitar la imaginación y la fantasía, origen de muchas leyendas.

No sé por qué, al día siguiente fui yo quien decidió dar el mismo paseo en completa soledad. Eran las primeras horas de la tarde y el bosque estaba cubierto por una niebla muy espesa. Los abetos eran casi imperceptibles a veinte metros. Pero ¡oh sorpresa! en aquella semioscuridad

me pareció ver un olivo. Hoy al recordar aquel instante ya no sé si fue una visión irreal, fruto de la bebida que tomé en el almuerzo o quizá ese recuerdo lo soñé aquella misma noche.

Aquel olivo, que no podía competir en altura con los abetos circundantes, resplandecía. No eran velas como las que vi el día anterior en el abeto del profesor. Nuestro árbol sagrado despedía una luz especial. Insisto y me pregunto: ¿Presenció yo realmente ese prodigio o es que ahora en mi memoria recuerdo aquel texto que leí en un libro comprado en la Provenza francesa del pintor francés Auguste Renoir (1841-1919): “La luz que acaricia a los olivares hace que el olivo brille como un diamante”.

¿No sería aquella visión más bien un recuerdo fruto de otra lectura? Desde la mitad del siglo X se documenta en textos sucesivos un prodigio repetido anualmente en algunos lugares de España. Un olivo permanecía durante toda la Nochebuena como una luminaria.

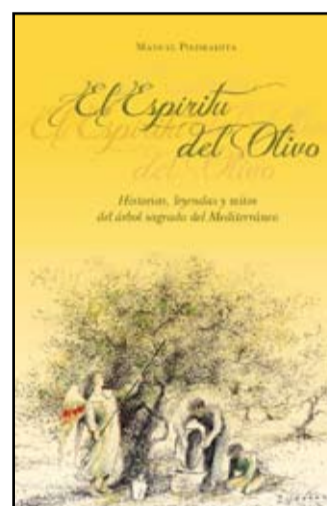
A partir de aquella mi primera Navidad

en Alemania, me interesé por las muchas leyendas que perviven respecto a los bosques de abetos. Se remontan a los pueblos druidas celtas y a los antiguos pueblos germánicos. La oscuridad del invierno y las nieblas se prestan a ciertas alucinaciones fantásticas. Pero la leyenda sobre el abeto que se ha hecho más popular la descubrí hace tiempo:

“Érase una vez un muchacho que vivía en una pequeña aldea y que tuvo que ir la víspera de Nochebuena a buscar un tronco de encina para quemarlo en la chimenea de su casa. Se le hizo tarde y cuando ya volvía con el tronco le sorprendió una gran nevada. Para protegerse se colocó debajo del único árbol verde que había por aquellos contornos. El árbol se apiadó del muchacho que tiritaba de frío y bajó sus ramas para envolverlo y protegerlo de la nevada. A la mañana siguiente cuando los vecinos de la aldea, incluidos sus padres, lo buscaban desesperadamente vieron con gran sorpresa un espectáculo maravilloso. Las ramas del abeto no sólo lo habían librado de una muerte segura,



A la izquierda, mosaico en el que se observa la recogida de la aceituna (Museo del Bardo). A la derecha, dibujo de Paco Ariza



De izquierda a derecha, Manuel Piedrahita, campanario de San Bartolomé con olivos de fondo y los dos últimos libros de Piedrahita centrados en la cultura del olivo.

brillaban al reflejarse en ellas la escasa claridad del amanecer. Brillaban como si les diese el sol”.

Y fue así cómo el abeto se convirtió en símbolo de la Navidad que desde entonces deslumbra a más de medio mundo.

Reflexioné sobre todo esto durante las muchas navidades que pasé en Alemania y por fin decidí trasladar mis pensamientos a papel impreso, en un artículo que titulé “¿Un olivo como árbol de Navidad de Andalucía?”. Se publicó en *Abc* el 29 de diciembre de 1984:

“El interrogante parece insólito, exótico y utópico. Se me ha ocurrido al reflexionar sobre una noticia fechada en Israel. El periódico “Jrdiot Acharont” ha informado de que en la comarca de Echaron los campesinos están criando olivos enanos. Utilizan las mismas técnicas de los japoneses en la cría del celebre “Bonsáis”, un arbolito muy decorativo al quedar reducidas sus medidas normales. Las autoridades de Israel pretenden que ese olivo pequeñito sustituya al árbol de Navidad, que hoy por hoy sigue siendo un abeto o un pino. Variedades difíciles de criar en un país tan seco, y que año tras año hay que importar de la Republica Federal de Alemania. ¿Por qué no? Después de todo el olivo arrastra una estela de tradiciones que se pierde en los albores de la Historia. Se convirtió en un árbol sagrado.

El “Tannenbaum” centroeuropeo es un árbol con raíces paganas y mitológicas entre los pueblos germanos. Si ellos han conservado la costumbre de adorarlo y venerarlo, ¿por qué no podemos los andaluces rehabilitar nuestro árbol sagrado por excelencia? Es lógico que los alemanes se

extasien ante su árbol. Los veo cada año mirarlo como a un dios. Se les humedecen los ojos que adquieren un reflejo especial con la luz de las velas mientras cantan el célebre villancico: “El Tannembaum es el más hermoso árbol que hemos visto sobre la Tierra”.

Hay muchas ciudades alemanas que desde hace años tienen plantado en tierra firme el mismo abeto. Cuando llega la Navidad lo adornan y lo iluminan. ¿No se podría hacer algo similar en las plazas y rotondas de muchas ciudades andaluzas? Entonces sí que tendríamos “nuestro” propio árbol de Navidad, el olivo símbolo de la cultura mediterránea y andaluza”.

Pero he aquí la curiosa excepción alemana. En Mülheim, donde proliferan también las rotondas, se planteó el dilema de cómo adornarlas. ¿Con una escultura o con flores? La respuesta del alcalde, René Lohs, sorprendió a los vecinos. Ordenó plantar tres olivos en una de las ocho rotondas de este municipio de 18.000 habitantes. En los folletos turísticos, Mülheim presume de ser el lugar de Alemania donde comienza el sur que es la tierra del olivo. Pero en la región alemana de Baden Württemberg, a la que pertenece Mulheim, hace mucho frío las noches de invierno. Los sufridos olivos, capaces de aguantar las calores y las heladas de Andalucía, no resisten aquel clima. Solución: se ha colocado bajo los olivos de la rotonda un sistema de calefacción por importe de 1.500 euros. Pese a la protesta de algunos vecinos contrarios a lo que cuesta encender la calefacción cuando el termómetro marca bajo cero, la idea siguió adelante. Pero ahora cuando escribo estas líneas no

puedo dar fe si aún se mantienen erguidos los olivos de Mulheim.

Leí en la revista *Mercacei* que el ingeniero agrónomo Rafael Álvarez, utiliza la técnica del psicoanálisis con árboles y arbustos. El reino vegetal lo pasa muy mal en épocas de sequía. El olivo, concretamente, tiene en esas épocas mucho estrés. Sus raíces apenas envían savia nueva a ramas y hojas; están sedientas. La tristeza se le nota en su aspecto. El citado ingeniero procura aliviarlo con una suave conversación. Dice que el olivo es muy receptivo y se presta bien a esa terapia. Tras sus sesiones que incluyen masajes fisioterapéuticos, no precisamente en un diván sino al aire libre, el árbol mejora. Unos sensores que aplica en el tronco dan fe de la mejoría. En Nochebuena, ya me gustaría que el amigo Álvarez auscultara los olivos plantados en las plazas de algunos pueblos cordobeses. Yo creo que en esa época navideña están tristes, decaídos y con estrés anímico. Están como apagados a la vez que deslumbrados por tanto abeto reluciente. Se quejan de que en Belén aquella noche sólo había olivos.

En Alemania, durante tantos días de nubes bajas y cielo plomizo, me dediqué, primero en la Biblia, a indagar sobre las ramificaciones literarias y espirituales relacionadas con el olivo y su fruto. Continué con los clásicos griegos y romanos. Y más tarde con la literatura española, antigua y contemporánea, sin olvidar Hispanoamérica. Asimismo, durante mis viajes por Grecia, Italia y Francia indagué todo lo que me fue posible sobre la literatura en prosa y verso relacionada con el olivo. E, incluso, recopilé escritos de autores alemanes que

se enardecían ante la visión de un bosque de olivos en sus viajes al Sur. Los días cortos y las noches largas del clima invernal alemán contribuyeron a mi paciente búsqueda. Al cabo de los meses llegué a una conclusión. En el Antiguo y Nuevo Testamento, se nombra al olivo, al aceite, y a la aceituna, unas mil veces. Se puede comprobar en los libros de Jeremías, Osea, Esdras y en el del profeta Ezequiel. También en el Deuteronomio y en el Eclesiastés, así como en los libros de los Reyes. En el Deuteronomio se considera al olivo como árbol de la prosperidad y de la amistad.

En el Libro de los Jueces se dice que el olivo no quiso ser el rey de los árboles. Prefirió ofrecerse al hombre con su fruto, la aceituna: “Pusieronse en camino los árboles para ungir un rey que reinase sobre ellos y dijeron al olivo: reina sobre nosotros. Contestoles el olivo: ¿Voy yo a renunciar a mi aceite que es mi gloria ante Dios y ante los hombres, para ir a mecarme sobre los árboles?”. Sin embargo, siglos después, el escritor romano, Lucius Columela, llamó al olivo “rey de los árboles”.

En el Levítico leemos: “Yavé habló a Moisés diciendo: manda a los hijos de Israel que te traigan aceite virgen de olivas molidas para alimentar constantemente las lámparas del candelabro”. Y en el Éxodo se alude a “la harina de flor amasada con aceite de oliva”. Reyes y emperadores eran ungidos con aceite. Saúl, el primer rey de Israel, fue coronado tras ser frotada su frente con aceite de oliva. En el Apocalipsis de San Juan se nos dice: “Y nunca harás daño al aceite ni al vino”. Solón decretó la pena de muerte a quien dañase un olivo.